

Olvido y vigencia de *El campesino polaco en Europa y América*

VICTORIANO CAMAS BAENA

8 JUL 2002

Presento en este artículo un primer adelanto de la traducción al español sobre la versión resumida que el profesor Eli Zaretsky realiza de la obra de Thomas y Znaniecki, *The polish peasant in Europa and America*, cuya edición original ocupa más de dos mil páginas distribuidas en cinco volúmenes y que fue publicada entre 1918 y 1920. Como afirma Zaretsky, ningún compendio sería capaz de suplir a la totalidad de la obra, pero quizá uno de los mejores criterios para elaborar una de entre tantas posibles sinopsis sea que el texto final pueda ser útil para el amplio y diverso colectivo de investigadores sociales con independencia de su especialización histórica, sociológica, psicológica, antropológica, etc. y más allá también de los objetivos que a nivel epistémico, teórico o metodológico tengan las investigaciones que lleven a cabo. Creo de veras que la síntesis realizada por el profesor Zaretsky consigue cabalmente dicho propósito, por lo que, con su traducción al español y su futura edición, espero se salven las barreras del idioma y de la escasa divulgación que obras de tal envergadura todavía siguen encontrando en las «periferias del imperio». Incluyo en estas páginas algunas reflexiones a modo de contexto sobre la obra y una versión resumida de la extensa y rica introducción que Zaretsky desarrolla, además de lo que en el texto original de Thomas y Znaniecki aparece como la «Nota metodológica».

Plantea Ken Plummer¹ que hubo un período en la historia de la sociología, entre 1920 y 1935, en que pareció que los documentos personales (o, desde mi concepción, la *perspectiva etnobiográfica*²) iban a constituirse en un

¹ PLUMMER, K. (1989): *Los documentos personales*, Madrid, Siglo XXI, p. 2.

² En la tesis doctoral que actualmente ultimó, *Identidad jornalera y cultura del trabajo en el olivar de Bujalance: La perspectiva etnobiográfica como espacio multidisciplinar en la*

recurso fundamental para esta disciplina. No obstante, aquel momento pasó y en la actualidad la mayor parte de los estudiosos de lo social no conocen ni practican este tipo de investigación. ¿Quién lee hoy a Thomas y Znaniecki? Seguro que no quienes abogan por una sociología sin sociedad o quienes atienden exclusivamente al individuo; tampoco quienes defienden a capa y espada una ciencia social basada en abstracciones, hipótesis explicativas, predicciones, pruebas, muestras, objetividad, verdad, distancia, neutralidad, generalización, medición... Parece que *El campesino polaco en Europa y América* sólo nos interesa a unos cuantos investigadores que seguimos apostando por el estudio serio de la subjetividad y la creatividad humanas, porque creemos que las personas responden a las imposiciones sociales de forma activa, porque nos interesamos por abordar las experiencias humanas concretas, y, especialmente, porque queremos ser conscientes de nuestro papel moral y político en el camino hacia una cultura que fomente menos la explotación, la opresión y la injusticia que tan a menudo caracteriza al modelo de sociedad «capitalista, posmoderna y Euronorteamericana» en que nos ha tocado vivir.

A pesar de tanto olvido, existe unanimidad en considerar el trabajo de Thomas y Znaniecki como una obra magnífica y así es reconocida por muchos autores. Por ejemplo, Jan Szczepanski, en su artículo *El método biográfico*³ presenta a *El campesino polaco* como la primera obra que sobresale en el origen del método biográfico, distinguiéndose de otros autores y obras contemporáneos y anteriores en que *no se trata de un amplio estudio panorámico de alguna compleja estructura social que registre el mayor número posible de propiedades, sino que busca la respuesta a una formulación muy bien definida de la cuestión; tampoco se limita a una descripción de las características externas de un fenómeno, sino que se esfuerza en explicar las actitudes psíquicas y los cambios efectuados en el fondo de las diversas estructuras sociales en las que aparecen.*

Abundando en estos argumentos, Ramón Bonal⁴ expone que la historia de las ciencias del hombre sería imposible sin que aparezca desde el origen la noción de biografía. En esta historia, la obra de Thomas y Znaniecki es la *gran precursora y prácticamente la fundadora de una escuela (...) que utiliza la biografía como material de lectura de la realidad basado fundamentalmente en el privilegio de una aproximación singular al lugar y circunstancias en los que se producen directamente los fenómenos.* Para Pujadas⁵, la aparición del método biográfico se identifica con la edición de *The Polish Peasant*, cuando se empieza a usar el término *life history* para describir tanto

investigación social, desarrollo con más profundidad las implicaciones que las distintas conceptualizaciones (método biográfico, historia oral, documentos personales, perspectiva biográfica, etnobiográfica, etc.) poseen en las esferas epistemológica, teórica, metodológica y analítica.

³ SZCZEPANSKI, J (1978): «El método biográfico», *Papers: Revista de Sociología*, 10:231-259.

⁴ BONAL, R. (1986): «Reflexiones en torno al uso personal de materiales biográficos». *Revista Internacional de Sociología*, 44: 351-374.

⁵ PUJADAS, J.J. (1992): *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, CIS, Colección *Cuadernos metodológicos*, 5.

la narrativa vital de una persona recogida por un investigador, como la versión final elaborada a partir de dicha narrativa, más el conjunto de registros documentales y entrevistas a personas del entorno social del sujeto biografiado, que permiten completar y validar el texto biográfico inicial. Por su lado, Marinas y Santamarina⁶ sintetizan en tres las etapas y modalidades para el conjunto de procedimientos que se aglutinan en la historia oral. La primera fase, *el antropologismo conservacionista* (que oscila desde principios del siglo XX hasta los años 30), las investigaciones con historias de vida se dan de modo predominante en la práctica antropológica, en el contexto de la crítica al etnocentrismo y en un afán conservacionista de culturas preindustriales que desaparecen en la moderna sociedad. Desde este marco, los antropólogos procuran privilegiar lo *emic* sobre lo *etic*, pero renuncian al trabajo de reelaboración e interpretación de los documentos y terminan por fetichizarlos. Distantes a estas investigaciones antropológicas por su formación e intereses psicosociológicos, Thomas y Znaniecki se incluirían cronológicamente dentro de esta primera etapa, aunque desde los objetivos, la metodología y los contenidos analíticos de *El campesino polaco* quizá deberían incluirse en la segunda etapa, que Marinas y Santamarina denominan *los estudios de la marginación* (que llega hasta la década de los 60). Los objetos-sujetos de estudio pasan a ser los sectores de la población marginados, se investiga la desviación social, los procesos migratorios, el cambio social, etc. y se pasa, por tanto, del análisis de las culturas aborígenes y preindustriales al de los marginados dentro del propio sistema. En cualquier caso y más allá de esta precisión clasificatoria, Marinas y Santamarina reconocen en la investigación de Thomas y Znaniecki «el ejemplo primero y fundacional» del método de las historias de vida aplicado a la sociología.

Pero, más allá de este carácter fundacional en lo que hoy conocemos como perspectiva biográfica, el texto que aquí se presenta ocupa, en palabras de Zaretsky⁷, «una posición eminente entre la teoría social del siglo XIX y la moderna ciencia social empírica, a la que, por diferentes caminos, ayudó a crear». Así, se puede decir que crea el campo de la sociología urbana, define los conceptos de actitud y valor que después utilizarán los psicólogos sociales, representa una sólida descripción de la sociedad campesina tanto para historiadores como para antropólogos, acerca al ámbito del trabajo social conceptos psicológicos no freudianos hasta entonces inexistentes, supone un clásico dentro de la historia comparada... Estamos, pues, ante un precursor de la alternativa fenomenológica al reduccionismo conductista y positivista que caracterizaba a la ciencia social de la época, en tanto apuesta por integrar el interaccionismo simbólico y la metodología étnica con la sociología, la teoría de la personalidad y los estudios de casos con la psicología, y el desarrollo de

⁶ MARINAS, J.M., y SANTAMARINA, C. (1994): *Historias de vida e historia oral*, en DELGADO, J.M., y GUTIÉRREZ, J.: *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis, pp. 257-285.

⁷ Este aspecto se amplía más adelante en la introducción que el propio Zaretsky escribe presentando el texto.

la historia oral y el énfasis con lo subjetivo con la historia social contemporánea. En base a esto podemos entender lo que muchos años después Bertaux denomina *perspectiva biográfica*⁸, que no puede considerarse como una nueva técnica, sino la construcción progresiva de una nueva práctica en la investigación social que podría definirse como una *etnosociología dialéctica, histórica y concreta, fundada sobre la riqueza de la experiencia humana*.

En efecto, según Szczepanski, los autores de *El campesino polaco* intentan construir una síntesis entre las tendencias psicológicas (Tarde) que hacían derivar los fenómenos sociales de los psíquicos y las tendencias sociologistas (Durkheim) que negaban a la psicología todo papel en la investigación de los grupos sociales. Pero, dando un paso más, Thomas y Znaniecki plantean nuevas cuestiones empíricas y ontológicas con respecto a la naturaleza de los fenómenos sociales que deben investigarse.

Desde la esfera ontológica, Thomas y Znaniecki proponen algunas tesis sobre la naturaleza de la realidad social cuando se refieren al papel de los elementos subjetivos en la estructura de los grupos sociales: debemos comprobar si es posible pasar de una serie de concepciones subjetivas y opiniones a declaraciones objetivas acerca de la sociedad, su estructura y los procesos que en ella se desarrollan. Al contrario que Durkheim, Thomas y Znaniecki consideran que la realidad que el analista social ha de investigar se compone por igual de valores culturales objetivos y de valoraciones subjetivas (actitudes) de las personas. Según expresa Szczepanski en el mencionado artículo, los objetos sólo se convierten en elementos de cultura cuando la personalidad individual, con sus actos subjetivos, les confiere cierto significado y les atribuye cierta importancia para las necesidades y finalidades humanas. Las manifestaciones de estos factores subjetivos son, pues, una fuente necesaria para el conocimiento de los procesos sociales. En palabras de los autores de *El campesino polaco*: *la causa de un fenómeno social o individual no es nunca un fenómeno social o individual diferente de por sí, sino que siempre es la combinación de una manifestación social y de una manifestación individual*. Así, las actitudes psíquicas y los valores culturales son factores íntimamente entrelazados de la realidad social. Bajo esta consideración subyace la tesis de que toda realidad social constituye un complejo de factores, actitudes, situaciones, experiencias y valoraciones de personas que participan en ellos. Y no es que quieran defender una teoría sociológica según la cual la sociedad sólo existe en la consciencia o en el discurso de sus miembros, sino señalar que los factores subjetivos constituyen un elemento esencial de los procesos sociales, y que los materiales biográficos proporcionan una información válida para comprender dicho elemento. Es por ello que los autores de *El campesino polaco* mantienen que estos materiales pueden considerarse fuente única y suficiente para el conocimiento en la investigación social.

⁸ BERTAUX, D. (1980): «La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXIX, Presses Universitaires de France, Paris.

Sabemos que las críticas de los sociólogos conductistas, cuantitativistas o funcional-estructuralistas sobre el modelo y el método de las historias de vida y de los materiales cualitativos han sido numerosas: su carácter subjetivo, la no globalización de la comprensión teórica del problema a analizar, el débil poder de generalización y la dificultad metodológica en la recogida y el análisis de los datos, etc. Pero, repitémoslo, lo esencial de la perspectiva biográfica no se encuentra en la adopción de una nueva técnica, sino en la construcción de un nuevo modelo que, entre otras peculiaridades, permite una reconciliación coherente entre observación y reflexión. En el uso de materiales biográficos el rigor de las diversas etapas de la investigación no se encuentran jamás separadas o distanciadas. Y ello es así porque biografía, historia y sociedad son inseparables. Como afirma Bonal (o. c. p. 370), «la biografía se insiere en un proceso histórico y una presión estructural»: biografía, historia y sociedad se hallan estrechamente ligadas, y de aquí nace su infinito poder de generalización. Al mismo tiempo que se ponen de manifiesto la importancia de los elementos subjetivos en la sociedad, se tiene la plena convicción de que la opinión colectiva se manifiesta en la experiencia del individuo. La integración entre biografía personal, historia y estructura social es constante.

De otro lado, Daniel Bertaux arguye que la tarea del análisis social no es la de probar leyes, hechos o procesos, porque sólo la práctica social (la historia) puede probar algo. *Nuestra tarea es comprender el movimiento de las sociedades y describirlo en profundidad*⁹, pero no explicarlo, porque para esto habría que emplear leyes sociales y éstas, como la ciencia social entendida desde el punto de vista de las ciencias naturales, no son posibles, no existen. Si esto se entiende, el rehusar sistemáticamente la investigación social con estos materiales es caer en la negación teórica de un hecho que, por otra parte, se reconoce fácilmente cuando la información es tratada con instrumentos cuantitativos: la extraordinaria interrelación entre los fenómenos sociales y la necesaria correlación de los hechos con variables sociológicas que permitan relativizar estos hechos en función del lugar y del tiempo.

Todo lo cual viene a demostrar que la investigación con materiales biográficos no puede considerarse como una opción caprichosa del investigador, sino que se justifica por sí misma a partir de una concreta visión teórica de la realidad social. Ésta es dinámica y sometida a las variaciones de espacio y tiempo que ubican las diversas experiencias del sujeto viviendo en sociedad. Investigar desde la perspectiva biográfica tiene en cuenta la sociedad como construcción, pero, al mismo tiempo, da cuenta de cómo la sociedad crea identidades y, consecuentemente, muestra cómo esta sociedad se interioriza en la persona. Desde esta doble dialéctica (el ser humano en sociedad y la sociedad en el ser humano) el trabajar con materiales biográficos permite comprender una dimensión que se escapa fatalmente por otros procedimientos metodológicos: el proceso seguido por los sujetos, el sentido

⁹ BERTAUX, D. (1993): *De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica*, en MARINAS, J.M., y SANTAMARINA, C.: *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, pp. 19-46.

de lo vivido, la significación de la vida colectiva en el seno de la conciencia de los individuos.

Por tanto, la perspectiva (etno)biográfica produce materiales con el mismo derecho de autoridad que cualquiera otra forma de saber y resulta reduccionista y simplificador considerarlos como hechos sintomáticos; han de examinarse como portadores de un saber real... No importa tanto que el informante ofrezca un relato al que una verdad subjetiva intemporal confiera la coherencia de una historia, o que esta verdad haya de ser reconstruida por el analista a partir de un conjunto de universos significativos diferentes. Las significaciones ofrecidas permiten aislar y poner en relación una verdad objetiva que constituye el objeto buscado. Lo vivido, la vivencia, dará posibilidades a la generalización, porque será posible desprender de ella, a través del método comparativo, tipos de vivencias que se pondrán inmediatamente en relación con otras variables sociológicas susceptibles de completar su sentido.

Las críticas no sólo han llegado desde la orilla del conductismo, el positivismo cuantitativista o el enfoque estructural-funcionalista. En la introducción a la edición preparada por Zaretsky expone que ya en 1938, dentro del Social Sciences Research Council el propio Blumer¹⁰, uno de los máximos exponentes de la segunda generación de la Escuela de Chicago, criticó duramente a Thomas y Znaniecki porque, según él, «habían fracasado a la hora de demostrar su teoría». Dudaba de que las cartas, documentos y recortes de prensa pudieran validar los informes de Thomas y Znaniecki. Parecía que la relación entre evidencia y teoría era más «psicológica que lógica» y, en última instancia, opinaba que los conceptos de actitud y valor aparecían en la obra definidos referencialmente el uno al otro. En opinión de Zaretsky, Blumer no entendió que este último aspecto formaba parte de la solidez y fortaleza de las tesis de Thomas y Znaniecki, por lo que sus críticas dejaban ver el posterior «estrechamiento de miras» que se produjo en la sociología norteamericana. Más recientemente, Ferrarotti¹¹ contextualiza de modo cabal tanto los postulados de Thomas y Znaniecki como las críticas de Blumer; éstas, en resumen, se refieren a los límites de las biografías en tanto que materiales de verificación, afirmando que no se pueden considerar como la base inductiva de exposiciones teóricas, ni tan siquiera como ilustraciones de esas concepciones teóricas. Thomas acepta la crítica referida a la obra en sí, porque los materiales en el texto no están adecuadamente relacionados con el dispositivo metodológico. Dicha carencia se pone de manifiesto en la «Nota metodológica», que fue escrita de forma apresurada para la primera edición combinando posiciones teóricas que Thomas había elaborado antes y otros materiales escritos por Znaniecki en un texto polaco sobre los valores. En definitiva, Thomas reconoce que la «Nota metodológica» estaba en parte relacionada con la investiga-

¹⁰ BLUMER, H. (1982): *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*. Barcelona, HORA, S.A. En concreto, véase el capítulo 6: *Notas sobre «El campesino polaco en Europa y América»*, pp. 89-95.

¹¹ FERRAROTTI, F. (1993): *Las biografías como instrumento analítico e interpretativo*, en MARINAS, J.M., y SANTAMARINA, C.: o. c. pp. 129-148.

ción de los campesinos polacos, pero no era completamente el resultado de ella ni los materiales empíricos ilustraban sistemáticamente sus tesis. No obstante, ello no significa que el método no sea válido cuando se aplica de modo coherente, que quizá no sea el caso de *El campesino polaco*. Así lo afirma Ferrarotti (o.c., p. 142) cuando argumenta acertadamente que sus autores caen en el reduccionismo de no ver en las relaciones sociales y los problemas planteados por los intereses enfrentados de las clases más que un conjunto de relaciones sociales diferenciadas caracterizadas por valencias mayoritariamente psicológicas. Los autores no desarrollan un análisis de las bases estructurales de las que surgen tanto las relaciones materiales que vinculan a los grupos como los intereses que subyacen a los conflictos de clases (aspecto que también destaca Zaretsky en su introducción). En cualquier caso, Blumer tampoco avanza demasiado con su modo de entender el interaccionismo simbólico, porque en su proceder sobredimensiona el papel del grupo primario en la autodeterminación del individuo y se le escapan o se olvida de las características objetivas del contexto social, económico y político. La salida, tal postula Wright Mills y retoma Ferrarotti, se halla en considerar que la biografía debe analizarse de modo dialéctico en función de variables individuales, grupales y también a partir de las características estructurales objetivas del contexto donde viven y actúan personas y grupos.

Pero, volviendo a la obra y su importancia en la historia de la sociología, es sabido que en *El campesino polaco* ya están presentes las piedras angulares de la sociología de la Escuela de Chicago: el pragmatismo, el formalismo, el humanismo y el romanticismo; y la idea clave de la interpretación subjetiva de la situación. En él se critica la tendencia a la abstracción, la reificación y los absolutos; por el contrario, es el significado subjetivamente construido, ambiguo, imprevisible, el principal punto de interés de la obra. En ella queda claro que los sujetos habitan realidades materiales y simbólicas, que sus interacciones se basan en los caracteres de la personalidad a través de los cuales el sujeto reflexiona sobre sí mismo, sobre su situación, la de su contexto y la de los otros. Además, el significado ha de elaborarse de común acuerdo y su estado es de permanente cambio, nunca fijo. En última instancia, Thomas y Znaniecki creen que la vida individual, y por supuesto el orden social, están siempre abiertos y son siempre negociables. Para los sociólogos de la Escuela de Chicago una sociología fundamentada sólo en base a la estructura social desembocará en abstracción y reificación; pero una sociología que sólo gire en torno a la mente caerá en el solipsismo. El centro de gravedad debe ponerse en la combinación dialéctica de cuerpos y estructuras, de significados y motivaciones en interacción. Por eso han de estudiarse las experiencias concretas de las personas, porque las concepciones de lo real no pueden separarse en su totalidad de las personas que las experimentan, aunque nunca podrán captarse ni conocerse en su totalidad: el investigador y aún el propio sujeto de la experiencia sólo tendrán perspectivas limitadas.

Otra intención de Thomas y Znaniecki fue mostrar la importancia de la teorización sociológica, ejemplificar la simbiosis entre teoría y método. Como ya se ha señalado, entre las conceptualizaciones más significativas que

el texto plantea está la distinción entre valores y actitudes. Introduce el concepto de definición de la situación según la cual el sujeto debe tener en cuenta los significados sociales, e interpretar su experiencia en términos de sus deseos y necesidades, y también de las tradiciones, costumbres, creencias y aspiraciones de su medio social. El texto, además, aporta el concepto de evolución de la personalidad social y las nociones de desorganización social y personal. Aspectos que tienen una gran trascendencia en el desarrollo posterior de la psicología social y la sociología, al menos en EEUU, como podemos comprobar en el desarrollo del interaccionismo simbólico y en la etnometodología.

En definitiva, resulta imprescindible en ciencia social investigar el significado que las personas dan a las cosas y acontecimientos, las aspiraciones con las que los relacionan. Los datos económicos, estadísticos, etc., nos informan acerca de la estructura objetiva y efectiva de la sociedad o de sus grupos. Pero no enseñan lo que dice la estructura en la conciencia social de los grupos, qué significado posee para las aspiraciones sociales de las personas y para su convivencia. Si se conoce el contenido de la identidad personal, los ejes que la construyen y sus trayectorias posibles y reales, se descubren también los ejes e itinerarios más significativos de la identidad colectiva de sus grupos de pertenencia.

Desde el plano de la metodología, Thomas y Znaniecki apuestan por una sociología inductiva, analítica, clasificatoria y nomotética, situándose en una posición intermedia respecto a las dos corrientes que caracterizan a esta disciplina desde sus comienzos. Ya se ha apuntado que, en cuanto a la relación entre lo individual y lo social, defienden que tanto los factores individuales como los sociales siempre han de ser tenidos en cuenta en cualquier estudio social. Distinguen, pues, entre los factores objetivos de la situación y la interpretación subjetiva de dicha situación: los factores subjetivos son las actitudes, las condiciones objetivas las conceptualizan como valores.

Los objetivos concretos de los autores eran comprobar de qué manera las formas de la familia, de los grupos de vecindad, las cualidades de su comportamiento, los sistemas de usos y costumbres de vida de los campesinos que emigraron de Polonia a los Estados Unidos, se modificaron bajo la influencia de esa emigración. También buscaban descubrir el mecanismo de la adaptación a las nuevas condiciones. El tipo de material empleado (cartas, autobiografías, etc.) permitía explorar la recíproca influencia de los valores culturales objetivos y las actitudes de los individuos. Thomas y Znaniecki apostaban porque la sociología se volviese a orientar desde la base, comenzando con la observación de hechos concretos. Con su obra sientan las bases para considerar la necesidad de que las investigaciones sociales incluyan la visión de los procesos psíquicos del desarrollo y continuidad de las actitudes; asimismo, critican las investigaciones que estudian las actitudes y opiniones independientemente de las estructuras sociales y de los procesos históricos en los que se encuentran.

Otro de los objetivos de Thomas y Znaniecki, característico del método biográfico, es poner de manifiesto la estrecha relación que une identidad indi-

vidual y grupo social: el análisis de la identidad de un sujeto desde esta perspectiva descubre, da acceso a las identidades colectivas de sus grupos de pertenencia. La opinión colectiva se refleja, pues, en la experiencia del individuo. Las costumbres constituyen la expresión de los hábitos existentes en la sociedad. De ahí que sea posible explicar los conflictos en la identidad del individuo en base a los conflictos existentes entre las culturas diversas en las que vive.

En este sentido, por mi experiencia en la investigación social, coincido con Pujadas cuando afirma (o.c. p.63) que los documentos personales sirven para tomar contacto, ilustrar, comprender, inspirar hipótesis, sumergirse empáticamente o, incluso, para obtener visiones sistemáticas referidas a un determinado grupo social. Investigar con historias de vida desde esta concepción posee además, como característica primordial, un carácter dinámico-diacrónico. Así, se muestran como método adecuado para analizar procesos de desajuste y crisis, individual o colectiva, que presuponen modificaciones significativas, tanto en el comportamiento, como en los sistemas de valores por parte de los grupos sociales implicados. Sin duda, uno de los temas más relevantes en esta corriente son los procesos migratorios y los de marginalización. El asunto de la migración trabaja desde los distintos procesos de organización-desorganización, ajuste o desajuste, etc. a nivel individual, familiar o colectivo, que llevan al emigrante desde el «estar al margen destinado a los extranjeros» hasta su «naturalización» mediante un lento proceso de asimilación e introyección de los valores y códigos vigentes en la sociedad receptora.

Como hemos visto, el estilo de investigación que inauguran Thomas y Znaniecki define muy bien la «imagen de marca» de la Escuela de Chicago, en tanto conciben la sociología no como una actividad académica o teórica «de despacho», sino con una clara intencionalidad interventora en el medio social que investiga: la investigación-acción desde claves, eso sí, de reforma social «ilustrada». Por lo que parece, aunque hayan pasado ya casi cien años, el tema de la migración sigue teniendo en la sociedad y en las ciencias sociales tanta o mayor vigencia en la actualidad. Sin embargo, y pese a la infinitud de estudios e investigaciones generadas desde las distintas disciplinas, también parece que el polo de la intervención o de las actuaciones llevadas a cabo tanto por Estados, gobiernos y distintas instituciones, siguen brillando por su ineficacia o por su deslumbrante perversión. A mi juicio, no se han dado avances dignos de mención, ni siquiera dentro de quienes defienden la filosofía del reformismo social subyacente en la ética del utilitarismo norteamericano. La inmigración, los inmigrantes, siguen siendo objeto de investigación, sujetos «beneficiarios» de políticas de las administraciones encaminadas a «mejorar su integración» en nuestras sociedades «desarrolladas». Como nos recuerda la tozuda realidad, al menos la que nos presentan los grandes medios de comunicación, tantas investigaciones y actuaciones institucionales no parecen tener los efectos deseados, al menos si tenemos en cuenta la ley de extranjería (que no de inmigración) recién aprobada en el Parlamento español y los últimos acontecimientos sucedidos en El Ejido, el goteo permanente de muertes en el Estrecho o la esperpéntica situación de los ecuatorianos y los encierros en

iglesias de inmigrantes en distintas ciudades del país. El tema, como sugiere Pujadas, es extremadamente candente, no sólo por las dimensiones de los procesos migratorios externos, sino por la relevancia de las migraciones (temporales o definitivas) dentro de la propia nación.

En *El campesino polaco* se analizan las formas de organización social que favorecen el individualismo, los procesos de cambio social rápido y sus repercusiones en la comunidad y en la familia, en qué medida la anormalidad es la manifestación inevitable de tendencias innatas al sujeto y en qué medida lo son las condiciones sociales, cómo se ve afectada la eficiencia social de un grupo por los diversos sistemas de relaciones entre hombres y mujeres, y especialmente un problema en gran medida ignorado hoy: la cuestión de la felicidad social¹².

Creo que lo dicho hasta aquí es suficiente para llamar la atención sobre la vigencia y la pertinencia que el texto de Thomas y Znaniecki posee actualmente en el panorama de la investigación social de nuestro país, aunque sólo sea porque reconsideremos ese papel, triste papel, de «guardian de la frontera» que la Europa desarrollada nos ha asignado y que entre todos hemos aceptado. Buena la oportunidad, por tanto, para rescatarlo de un olvido inmerecido.

INTRODUCCIÓN (ABREVIADA) de E. ZARETSKY¹³

Dentro del pensamiento norteamericano *El campesino polaco* ocupa una posición eminente entre la teoría social del siglo XIX y la moderna ciencia

¹² PLUMMER, o.c., p.46

¹³ Presento una síntesis de la introducción elaborada por el profesor Eli Zaretsky, que en el texto original ocupa más de cincuenta páginas y que resulta en exceso extensa para incluirla en este artículo. En cualquier caso, conviene apuntar brevemente que está estructurada en cinco bloques: a) **la introducción del propio editor**, presenta la obra a grandes rasgos, su relevancia dentro del panorama de las ciencias sociales en EEUU, los objetivos generales de la misma, algunos de sus resultados más significativos y algunos datos referentes a la edición original. b) **los antecedentes**, bloque que arranca con un sucinto pero esclarecedor retrato de la Polonia rural de los siglos XVIII y XIX y del tránsito de los campesinos polacos a las grandes urbes industriales tanto en Polonia como la emigración a otros países europeos y a Norteamérica, cambios en la estructura económica que se acompañan de transformaciones en la familia polaca tradicional. Presentados los objetos de estudio, la segunda parte de este bloque está dedicado a ofrecer una semblanza de los autores, Thomas y Znaniecki, tanto en el plano personal como en el intelectual. c) **la premisa** compone el tercer apartado, y en él desarrolla los tres niveles que que presenta *El campesino polaco*: uno, formal y ahistórico sobre el cambio social y su conceptualización; otro, teórico sobre la modernización, que incluye los procesos de desorganización y de reorganización; y un nivel práctico, que alude a la problemática concreta a la que se enfrentan los inmigrantes y los agentes sociales, organismos e instituciones que el gobierno de EEUU dispone para hacer frente a este fenómeno social a principios del siglo XX. d) El cuarto apartado se denomina **la influencia**, y en él se da cuenta de las repercusiones que la obra de Thomas y Znaniecki y el modelo de investigación que inaugura han tenido tanto en la sociología como en la historia social de EEUU. Aquí Zaretsky resume las principales críticas que han recibido los autores y su obra y también los avances que han elaborado otros autores a

social empírica, a la que, por diferentes caminos, ayudó a crear (...) Al igual que sus grandes contemporáneos europeos, Thomas y Znaniecki ambicionaban sentar las bases de una teoría sociológica con base empírica, pero no determinista, enmarcada en términos de subjetividad y acción, en oposición al modelo conductual. Como Weber y Durkheim, Thomas y Znaniecki no eran positivistas. Escribían, por ejemplo, que *un hecho, por sí mismo, es ya una abstracción*. Del mismo modo que Marcel Mauss, discípulo de Durkheim, conceptualizaron las relaciones basadas en el don —dar, recibir, retribuir— como la unidad básica de la solidaridad social y, más aún que Mauss, intentaron explicar la ruptura de la solidaridad como un hecho ocasionado por la generalización del capitalismo. Al igual que Ferdinand Tönnies, constataron un cambio en la sociedad de su época desde las relaciones afectivas, cara a cara, hacia otras impersonales y cognitivas; pero, a diferencia de Tönnies, veían al componente étnico y a la familia como partes integrales de la sociedad moderna. Mucho más cerca de Lenin que cualquier otro de sus colegas sociólogos, Thomas y Znaniecki estaban profundamente preocupados por desarrollar una teoría de la conciencia que se opusiera a la de lo espontáneo si bien, a diferencia de Lenin, su intención era impedir las revoluciones, no crearlas.

El trabajo ha de ser entendido como una recapitulación de los distintos supuestos e intuiciones de toda una generación de reformadores urbanos, especialmente aquellos más estrechamente relacionados con los inmigrantes, y como un intento de influir de modo directo en las políticas sociales y sus reformas (...) Esencialmente, creó el campo de la sociología urbana; definió los conceptos de actitud y valor para una generación de psicólogos sociales, continúa aún siendo la más duradera y sólida descripción de la sociedad campesina, tanto para los historiadores como para los antropólogos. Le otorgó al trabajo social el liderazgo en conceptos psicológicos no freudianos, asimismo, fue uno de los primeros clásicos en historia comparada —Polonia y Norteamérica—, y resultó pionero en el esfuerzo de delimitar la experiencia subjetiva de los inmigrantes y otros grupos minoritarios: dio a la imprenta cartas privadas, una autobiografía en formato libro, y documentos biográficos variados que, hasta entonces, no habían sido tenidos en cuenta en Norteamérica como potenciales contribuciones al conocimiento. Este último éxito hizo del trabajo un precursor de posteriores esfuerzos para desarrollar una alternativa fenomenológica a las aproximaciones conductistas o reduccionistas en ciencias sociales y en historia. Una alternativa que imbricaba el interaccionismo

partir de la primera edición. e) por último, **hacia una nueva síntesis** recoge la valoración personal de Zaretsky respecto al texto original, haciendo hincapié en los que a su juicio son los principales puntos débiles de la obra. Por ejemplo, algunos aspectos de la familia campesina polaca que no recogen Thomas y Znaniecki y que determinaron el proceso de emigración a las urbes industrializadas; también el que el concepto de desorganización no se emplee por los autores con la profundidad que el objeto de estudio y el contexto requerían, etc.

Por lo demás, he suprimido en esta versión abreviada las numerosas notas a pie de página (75 en total) en las que Zaretsky da cumplida referencia de la práctica totalidad de autores y textos relacionados directa o indirectamente con *El campesino polaco* y con Thomas y Znaniecki.

simbólico y la metodología étnica con la sociología, la teoría de la personalidad y el empleo de estudios sobre casos concretos con la psicología, y el desarrollo de la historia oral y el énfasis en lo subjetivo con la historia social contemporánea. Sólo la enorme amplitud del campo de las ciencias sociales, desde la época en la que escribieron Thomas y Znaniecki, y el relativo aislamiento de tales ciencias entre ellas, han hecho difícil examinar cuán diversa ha sido la influencia de su trabajo.

Después de que Thomas y Znaniecki escribieran, sociólogos e historiadores ampliaron sus análisis de los polacos a otros grupos de inmigrantes, tales como emigrantes rurales que se dirigían a las ciudades, o negros provenientes de los estados del sur que emigraban hacia los del norte. En todos estos casos el modelo suponía emigrantes que dejaban atrás su mundo tradicional e ingresaban en uno nuevo cuyos principios predominantes eran de tipo individualista. Si bien el modelo era tan complejo como para incluir los problemas planteados a la hora de dar continuidad a la solidaridad étnica y familiar, y para mantener los lazos de parentesco, podría ser visto como un fenómeno secundario (de supervivencia), dentro del conjunto de un proceso de asimilación. Los sociólogos, y más tarde los historiadores, estaban muy preocupados por la contribución del elemento étnico al sentido esencialmente unificado de nacionalidad americana y por los obstáculos interpuestos a la asimilación, especialmente en el caso de personas de raza negra. Este modelo dominó también la política social, de modo que durante largo tiempo la pobreza, el crimen y las rupturas familiares en grupos minoritarios fueron vistos como consecuencia del fracaso para insertarse en la corriente principal de la vida americana, que era generalmente considerada como móvil y llena de oportunidades de promoción para aquellos individuos o grupos capaces de adaptarse a ella.

La diferencia estriba en que, tanto para Thomas y Znaniecki como para los investigadores sociales que les siguieron, lo étnico condicionaba la entrada en un país predominantemente individualista, así como el ascenso dentro de él; para Gutman, el factor étnico es una condición de resistencia o, más aún, una dificultad para ser aceptados dentro de una clase social. Tal diferencia en las consideraciones de Gutman sugiere la posibilidad de un enfoque totalmente nuevo sobre la moderna historia norteamericana.

La primera parte de *El campesino polaco* describe la desintegración de la familia polaca tradicional y de los lazos comunitarios bajo la presión de tales cambios. La segunda y tercera partes muestran los esfuerzos del campesinado para hacer frente a dichos cambios, basándose en una reforma y en una organización social, tanto en Polonia como en los Estados Unidos. Las reformas polacas que atrajeron la atención de Thomas y Znaniecki (campañas comunitarias para promover la alfabetización, lucha contra el alcoholismo y el tabaco, desarrollo agrícola mediante la implantación de cooperativas, generalización de las guarderías, reformas educativas y mejora de la condición de la mujer) tenían su contrapartida en ciertos aspectos del populismo norteamericano: el socialismo utópico de finales del XIX, el movimiento contra el consumo de alcohol, los clubes de mujeres y las corrientes reformistas, como las «Casas de Colonos», que acentuaban y reforzaban los lazos comunitarios ante

los efectos de desintegración del mercado. Thomas era un típico reformista de comienzos del siglo XX, escéptico ante la legislación gubernamental y vuelto hacia la comunidad en sí, por la cual él entendía el vecindario urbano. Estaba especialmente fascinado por Polonia, ya que creía que la falta de un estado nacional indígena facilitaría el estudio del cambio social, tanto a nivel local como de autoayuda.

El campesino polaco presenta tres niveles: a) uno, formal y ahistórico, que considera cómo procede en general el cambio social y cómo podemos conceptualizarlo; b) un nivel teórico de «modernización», que incluye tanto la desorganización como la reorganización; y c) un nivel práctico, que considera los problemas inmediatos a los que han de hacer frente los inmigrantes, los reformistas, los trabajadores sociales y los funcionarios del gobierno en Norteamérica a comienzos del siglo XX.

El primer nivel se explora en la nota metodológica, que introduce los conceptos de valor y actitud. Por «valor» se entiende cualquier dato social que sirve como objeto significativo o como actividad útil para los miembros de un grupo social, por ejemplo la comida, el dinero o las ideas. Una «actitud» es una orientación individual ante un valor, como por ejemplo miedo, lealtad o hambre. Las actitudes siempre conllevan una acción, un uso, o el control sobre el medio; es una alternativa a conceptos tales como reflejo, instinto, hábito o estado de consciencia. Mientras los psicólogos estudian las actitudes como estructuras universales de la mente, los psicólogos sociales lo hacen en relación con valores históricos específicos, especialmente las reglas —valores cuyo propósito es regular la relación de los individuos con el grupo—. Esencialmente, la nota metodológica es un esfuerzo por extraer una teoría no reduccionista, no conductista, de la esfera de la volición fenomenológica: un significado simbólico y una forma de pensamiento en la cual las actitudes se contemplan como lo constitutivo de las acciones, la práctica y las instituciones. Thomas y Znaniecki argumentaron que, en las etapas iniciales de la evolución cultural, todos los valores tienden a convertirse en reglas destinadas a mantener la cohesión social y a controlar al individuo. Pero en sociedades más evolucionadas, e incluso en amplias esferas de la actividad cultural, *se deja de lado la regulación social, y en otras —aunque sometidas aún a las reglas sociales— no se piensa que éstas afecten directamente a la cohesión de la sociedad y, actualmente, no le afectan*. Puesto que los autores creían que la esfera de valores dedicados al control social disminuía, la sociedad debía mantener su cohesión mediante actitudes racionales y voluntarias en lugar de a través de formas personales o emotivas de control del grupo y la familia. Las sociedades evolucionadas consiguen la regulación social fomentando en el individuo *la capacidad de controlar espontáneamente sus propias actividades mediante una reflexión consciente*. El cambio desde formas afectivas de acción hacia otras intencionales y racionales es el objeto real de *El campesino polaco*, y el concepto de actitud, junto con el énfasis puesto en lo cognitivo, añadió algo vital al «descubrimiento del inconsciente» que se exponía entonces en las obras de Durkheim, Freud y muchos otros, beneficio que incluso Parsons no supo asimilar una generación más tarde.

En el nivel empírico, Thomas y Znaniecki comienzan con un retrato de la sociedad tradicional, cohesionada por lo que ellos denominan «solidaridad familiar» o «apoyo mutuo»: la persona que representa a la totalidad de la familia es quien presta un servicio, o quien ejerce el control sobre los demás. El núcleo de esta red de servicios y obligaciones mutuas son los «grupos matrimoniales», y la distinción entre éstos (marido, mujer e hijos) y la familia (que se extiende hasta primos segundos y terceros), es fundamental en *El campesino polaco*. Para Thomas y Znaniecki, la desorganización social significa esencialmente la pérdida de los lazos entre los grupos matrimoniales, puesto que la organización tradicional de la sociedad campesina descansaba sobre la solidaridad familiar (...) Thomas y Znaniecki escribieron que, dentro del grupo familiar tradicional, *cada situación es... ante todo, una situación social, y sólo de forma secundaria una situación económica, intelectual, moral o hedonística*. Para los autores, cada requerimiento hecho al individuo ha de contribuir a la cohesión del grupo antes que a ningún otro fin: *el elemento más importante de cada situación, el que determina su significado, es la actitud real o imaginaria de otro individuo u otro grupo*. A causa de esa dependencia del individuo hacia el grupo, la psicología social era conformista, rutinaria y prescrita, y la personalidad resultaba estereotipada y rígida. La primera evidencia que Thomas y Znaniecki obtuvieron de este hecho provino de las mismas cartas de los campesinos, caracterizadas por frases hechas, de repertorio, que suponían respuestas del mismo tipo: *el más insignificante cambio o matiz en una expresión era inmediatamente detectado, y provocaba una reacción*.

Los autores no ofrecieron nunca una explicación completa sobre cómo se rompía la solidaridad familiar. A veces escriben como si indicaran que todas las sociedades evolucionaban hacia «la libertad del individuo para tomar sus propias decisiones»; pero es difícil comprender por qué esto sucede en una sociedad en la que no existen conflictos, que es como ellos retratan la Polonia rural. En lugar de a partir del interior, el cambio viene desde fuera, en este caso de la extensión de las relaciones de mercado con Alemania y otros países. Bajo el punto de vista de Thomas y Znaniecki, la sociedad tradicional no había tenido un claro interés económico hasta que el control de las tierras, los aperos y el trabajo estuvieron enteramente regulados por la solidaridad familiar. La ampliación del mercado condujo a la «sustitución del principio de intercambio por el de ayuda», y al desarrollo de un abstracto concepto de «derecho», que sentó las bases de la legislación moderna (...) La ruptura familiar es la clave de la desorganización social. Las cartas se han seleccionado para mostrar las dificultades de los inmigrantes privados del apoyo de su grupo primario. (...) Al mismo tiempo, la desintegración de la familia creó nuevas posibilidades, especialmente en lo relativo a «una creciente y progresiva afirmación de la personalidad».

A la vez, Thomas y Znaniecki, de nuevo probablemente siguiendo a Durkheim, creyeron que la creciente racionalidad y libertad del individuo hicieron posible mayores y más amplias formas de cooperación. De ese modo, la segunda parte analiza la distribución y extensión de actitudes posibles que

expliquen la desorganización social en Polonia. Existe un primer grupo de actitudes que aceleraron dicha desorganización, por ejemplo, los intentos no basados en la reflexión para preservar valores que habían perdido su significado; las revueltas, invariablemente individuales sin que importe cuántas personas se ven envueltas en ellas; y las revoluciones, que pretenden establecer nuevos valores para la totalidad del grupo. Una segunda serie de actitudes se transforman en valores capaces de establecer nuevas reglas: el liderazgo, la educación, la extensión de las cooperativas y la participación del campesinado en la política nacional. En resumen, Thomas y Znaniecki buscaban caracterizar el campo de respuestas a la crisis social e indicar las diferentes formas en que actitudes preexistentes se entrelazan con los procesos sociales objetivos (...) Así, en la segunda parte del texto, los autores, si bien se centran en Polonia, intentan descubrir las líneas generales del cambio social, tanto en el nivel de las actitudes como en el de los valores, incluyendo las posibles formas de reorganización social que cabía esperar en Norteamérica.

(...)

La tercera parte del texto analiza la dependencia económica, la delincuencia juvenil, las rupturas familiares, e incluso el asesinato dentro del marco de la desintegración de los grupos primarios —y presenta una crítica de la intervención gubernamental en la vida familiar de los inmigrantes. Para los autores, el Estado no representa autoritarismo, sino una forma de individualismo que actúa disolviendo cualquier forma de «solidaridad familiar» o control social. Finalmente, la cuarta parte vuelve a la metodología discutiendo los conceptos de temperamento, carácter y organización de la propia vida, anticipando cuestiones que aparecerán más tarde en la psicología del yo y en psicología del desarrollo adulto. Según Thomas y Znaniecki, el individuo presenta una tendencia hacia actitudes originales enraizadas en su temperamento, orientadas hacia el alimento, el sexo u otros objetivos que satisfagan sus sentidos. El carácter incluye al temperamento, pero se inclina hacia el significado que tales objetivos poseen para otros actores sociales. El objeto de esta sección es determinar cómo una persona define la organización de su propia vida en un mudable ámbito de significado, especialmente en períodos de rápidos cambios sociales, y en ella se introducen las entonces famosas categorías de bohemio, filisteo y creativo. La sección sirve de prólogo a la autobiografía de un inmigrante, que no se incluye en este resumen, y trata sobre metodología contemporánea, no sólo sociológica, sino también relativa al estudio de la biografía, la autobiografía y la psicología individual. Concluye con un sorprendente trabajo acerca del problema educativo en la sociedad moderna, probablemente influenciado por Dewey: cómo evitar crear personas preadaptadas para determinadas tareas, y cómo ayudar a que surjan individuos capaces de educarse a sí mismos en un ambiente que favorezca la educación misma.

(...)

(En cuanto a la influencia de la obra en el ámbito de la sociología) los sociólogos de la Escuela de Chicago desarrollaron el análisis de Thomas y Znaniecki en muy diferentes direcciones. En primer lugar, ampliaron su hallazgo de la persistencia de los lazos grupales entre los polacos a otros gru-

pos étnicos, y elaboraron una valoración positiva de tales lazos. Esta escuela contemplaba las colonias étnicas y los barrios de Chicago como «gigantescos mecanismos de defensa sociológicos» que tenían por objeto proteger a los inmigrantes recién llegados y facilitar su ajuste a la vida norteamericana.

(El debate que la obra de Thomas y Znaniecki generó en la Escuela de Chicago) condujo a la publicación de dos importantes libros dedicados al uso de documentos biográficos en ciencias sociales: la obra de Gordon Allport *El uso de documentos personales en psicología* (1942) y el libro de Louis Gottschalk, Clyde Kluckhohn y Robert Angell *El uso de documentos personales en Historia, Antropología y Sociología* (1947).

(A pesar de estas importantes aportaciones) la mayor parte de las investigaciones sociológicas producidas en Norteamérica a partir de la segunda guerra mundial han sido de orientación cuantitativa, positivista y conductista, al igual que en el resto de ciencias sociales. Sin embargo, en medio de la enorme proliferación de teorías y escuelas alternativas tras la segunda Gran Guerra, emergieron tres tendencias diferentes con el denominador común del rechazo a la Escuela de Chicago: el interaccionismo simbólico, el funcionalismo estructural y la sociología radical.

El interaccionismo simbólico, del que Blumer era uno de los líderes, mantuvo el interés de la Escuela de Chicago por la intersubjetividad; por ejemplo, mostrando cómo los pacientes mentales o los delincuentes juveniles se convertían en objetos idóneos para los psiquiatras, pero tales trabajos perdieron pronto su conexión con la teoría histórica. El trabajo más elogiado dentro de esta corriente desde la segunda Guerra Mundial es, quizá, una descripción de la fenomenología del proceso que convierte a una persona en fumadora de marihuana. Sin duda un éxito en cuanto a precisión, pero una pérdida del sentido de una tradición que comenzó estudiando la fenomenología que convierte a las personas en inmigrantes. El interaccionismo simbólico, como otras escuelas de pensamiento basadas en lo fenomenológico, revelaron la incapacidad de la sociología para analizar la racionalidad críticamente, puesto que consideraron toda acción como racional desde el punto de vista del actor.

Por otra parte, el legado de la teoría de larga escala recayó sobre Merton, en la Universidad de Columbia, y sobre Parsons en Harvard. No es éste el lugar adecuado para valorar sus logros, pero hubo subtemas en sus trabajos que estuvieron conectados con la Escuela de Chicago, y que llegaron a ser influyentes. Merton insufló nueva vida al vacilante concepto de desorganización social reformándolo de modo sistemático en términos durkheimianos (como «anomia»). Parsons y sus colaboradores abandonaron la tensión entre teoría e investigación histórica que marcó a *El campesino polaco* (y la metodología saturada de historicismo del maestro de Parsons, Weber) en un intento de desarrollar una teoría de los sistemas sociales en general. Por ejemplo, intentaron demostrar que durante la Revolución Industrial en Gran Bretaña, o en los levantamientos democráticos de las modernas India y China, la desorganización de la familia había estimulado el proceso de modernización. De modo parecido, en lo referente a América, la escuela funcionalista estructural quiso mostrar que lo que parecía ser desorganización —el crimen, la prostitu-

ción, la especulación, la corrupción laboral— cumplen en la actualidad «funciones latentes», y a menudo son un trabajo como cualquier otro. El trabajo de sociólogos y estudiosos de la política como Neil Smelser, Lloyd I. Rudolph y Susanne H. Rudolph, S. Noah Eisenstadt e incluso Daniel Bell han desempeñado un importante papel en la eliminación de cualquier elemento crítico aún presente en *El campesino polaco* y en la tradición de la Escuela de Chicago. Sobrepuesto a ésta, su modelo teórico de «diferenciación estructural» tenía como punto de partida los aspectos más deterministas de *El campesino polaco*, aunque abandonando el tono polifacético de Thomas y Znaniecki, su presentación de la experiencia subjetiva y la evidencia histórica que daban un sentido diferente a la modernización, así como la incoherencia y el desorden que se revelaban tan sólo en los acontecimientos.

Por último, C. Wright Mills, perteneciente al ala izquierda más inconformista entre los sociólogos de su generación, lanzó un brillante ataque contra aquellos a quienes definió como «patólogos sociales», por plantear los problemas en términos de ajuste individual; pero fracasó no dándose cuenta de que el concepto de desorganización podía haberse desarrollado de tal modo que se convirtiera en una crítica del capitalismo más que hacia los desorganizados. En lugar de eso, Mills comparó lo que consideraba valores tradicionales en sociología con los suyos propios.

Explicó el concepto de desorganización como un prejuicio del Medio Oeste, de raíz protestante y antiurbana, aprobando una sarcástica despedida del énfasis puesto en los grupos primarios: *La distancia social es un mal destino... en nuestras tradiciones cristianas. No nos basta con tener santos; tenemos que vivir la «comunidad de los santos»... para mantener relaciones sociales, hemos de hociquearnos unos a otros.*

A finales de los años cuarenta, *El campesino polaco* era cada vez menos leído por los sociólogos. La modernización de la teoría, el replanteamiento a escala global de los temas de la Era del Progreso, como la movilidad social y el ascenso, la adaptación... fueron recibidos y saludados como nuevos. En 1948 Shils criticó a sus colegas sociólogos por no valorar la obra, así como por su «tendencia a olvidar, y luego rehacer lo que ya se había hecho antes». En los sesenta, la creciente insatisfacción de los sociólogos respecto a su disciplina llevó a algunos a revisar este clásico. En 1969, Robert Nisbet lo calificó como «el estudio más importante realizado en su época por un sociólogo americano», y añadió: «si la sociología americana hubiera seguido la línea de este notable trabajo, no estaría aún hoy tan perdida en sus tortuosas y a menudo inspidas categorías y conceptos sobre sistemas sociales y sus diversas propiedades». Aún más recientemente, en un número especial de la Revista Americana de Sociología, Glen Elder opinó que el trabajo debía ser considerado como modelo de los estudios de la familia a lo largo del tiempo. Sin embargo, la cuestión fundamental es que el esfuerzo por trabajar simultáneamente en los niveles teórico, empírico y práctico había desaparecido, y después de *El campesino polaco* no volvió a haber una escuela de pensamiento, sino piezas separadas, como el estudio de las actitudes, el concepto de desorganización o el método biográfico. Tal tendencia, resultado de la debilidad de la tradición

de pensamiento social en América, se aceleró cuando la obra comenzó su siguiente ciclo de influencia.

(Respecto a la influencia en el ámbito de la historia) en los años cuarenta, al mismo tiempo que el impacto de *El campesino polaco* se desvanecía entre los sociólogos, el libro se convirtió en algo esencial para el desarrollo de un campo nuevo: la Historia Social. Entre los historiadores, sobre todo preocupados por crear una narrativa, la necesidad de leer el libro en varios niveles diferentes había quedado reducida a dos preguntas: una de ellas, empírica —¿existió desorganización social entre los inmigrantes?— y la otra, de índole moral: ¿quiénes somos nosotros para juzgar?

Si bien la Historia Social nació en la era progresista con historiadores como James Harvey Robinson, quien compartía el deseo de Thomas y Znaniecki de comprender la experiencia de las masas, su mayor crecimiento llegó con la influencia —tanto como escritor como en su faceta docente— de Oscar Handlin.

(...)

En los años sesenta revivió intensamente la consciencia de lo étnico, lo cultural y lo racial tanto entre historiadores como entre sociólogos. Los principales temas que se desarrollaron en esa década fueron el del crisol étnico como fracaso (tratado por Moynihan, Glazer y Novak); el de la urbanización de los pueblos (por Gans); lo étnico como un sentido de lo sagrado (Herberg, Geertz); lo étnico y el conflicto estructural subyacente en la política norteamericana (Lubell), y lo étnico como conflicto subyacente en la democracia Jacksoniana y en el nacimiento del partido Republicano (Benson, Sibley y Hays). Milton Gordon distinguió entre la aculturación del inmigrante —que sucedía cuando éste aceptaba la cultura norteamericana— y la asimilación, es decir, la renuncia al propio grupo, que nunca tenía lugar. Jane Jacobs trató de demostrar que los vecindarios agrupados en base a comunidades étnicas, propios del centro de la ciudad, ofrecían un espacio vital al menos igual de bueno que las viviendas del extrarradio, mientras Carol Stock sostenía un argumento similar comparando aquellas familias negras con hijos cuya cabeza de familia era mujer con las encabezadas por hombres como modelo nuclear. No parece que ninguno de los trabajos citados representara un desafío a la tradición sociológica clásica que a menudo comenzaban rechazando, puesto que dicha tradición —y *El campesino polaco* es ejemplo de ello— suponía siempre la pervivencia del componente étnico.

Para terminar, es preciso hacer hincapié en la continuidad que subyace bajo esta gran cantidad de trabajos. Los avances de mayor importancia después de *El campesino polaco* —el funcionalismo estructural y la síntesis realizada por Handlin de la historia social— se centraban, esencialmente, en el «final feliz». Los críticos de esta tradición, como Vecoli, se mantenían dentro de su marco de referencia: enfatizando la solidaridad étnica más que el individualismo —como en el punto de vista defendido por Thomas y Znaniecki— si bien considerando a ambas formas útiles para incorporarse a la vida norteamericana. Al mismo tiempo que comenzaba a tomar forma una nueva historia social, iba dibujándose en América una política de pluralismo cultural que flo-

reció durante las décadas de los sesenta y los setenta. Probablemente los teóricos sociales de mayor relevancia para los historiadores sociales en lo relativo a inmigración y el concepto de lo étnico hayan sido Samlser, o los Rudolph, quienes subrayaron la importancia de la «modernización de la tradición», es decir, la existencia de numerosas vías para incorporarse al mercado, todas ellas válidas. Por ejemplo, para Tamara Hareven, la sociología clásica había sido unilateral, contemplando sólo la influencia de la industria en la familia y no la contribución de aquella a la industria. Incluso E.P.Thompson es más elogiado por su compromiso con la subjetividad que por su marxismo. El único auténtico desafío a la tradición sociológica, procedente de la influencia de *El campesino polaco* es el que surge de historiadores sociales de orientación marxista o feminista, y aun es fragmentario y carente de base teórica. Los historiadores sociales contemporáneos, incluso los pioneros en este campo, tienden a pensar equivocadamente que la teoría social —al menos a cierto nivel de abstracción— es necesariamente determinista o reduccionista. Sin embargo, más que atribuir el éxito del capitalismo norteamericano a la ausencia de una estructura de clases rígida, como lo hacen los trabajos citados más arriba, los nuevos estudios sobre historia social sugieren que el capitalismo prosperó en gran medida debido a su capacidad para utilizar e integrar formas tradicionales de cultura, como la familia campesina dominada por el hombre, las tradiciones de obediencia y subordinación y la xenofobia y el antisemitismo característicos de la vida campesina.

(...)

(Considerando las posibilidades de una nueva síntesis) ni la sociología ni el marxismo han conseguido nunca librarse de una creencia utópica en el progreso basada, en última instancia, en el determinismo económico. Se trata de una creencia proveniente de la Ilustración, época en que se inició la crítica de la sociedad tradicional y rural. La sociología, que hundía sus raíces en el Romanticismo, mantuvo siempre su apego por la cultura popular y los lazos de sangre pero, como puede observarse en los trabajos publicados tras *El campesino polaco*, el componente étnico tendió a transformarse en una categoría residual del análisis sociológico de la sociedad moderna, cuyo núcleo se conceptualiza —implícita o explícitamente— como individualismo económico. Por su parte, Marx había entendido el proletariado como una «clase universal» sin ninguna ligazón restrictiva, y así cayó en la herencia del racionalismo abstracto proveniente de la Ilustración. Entre los aires de superioridad de la sociología clásica, que inevitablemente trataba al inmigrante como miembro de un «guetto», y el cosmopolitanismo sin lazos de sangre del pensamiento marxista ha habido muy poca historia auténtica de las clases trabajadoras hasta época muy reciente. Thompson, Gutman y la actual generación de historiadores sociales han roto con la concepción de los trabajadores como «hombres económicos» en busca de salarios cada vez más altos y de ascenso económico (según la opinión de las ciencias sociales norteamericanas) o persiguiendo «intereses objetivos», según el punto de vista del marxismo ortodoxo. En lugar de ello, estamos ahora empezando a comprender el alcance y la importancia del modo en que las clases trabajadoras, en las modernas socie-

dades industriales, mantienen su compromiso con el corporativismo tradicional y los valores campesinos; y esto no de modo residual sino central, utilizándolos para dar forma a un nuevo estilo de vida basado en las clases.

Desde este punto de vista comprendemos ahora que el apego de los inmigrantes polacos hacia su modo de vida tradicional y familiar no era tan sólo una cuestión cultural o psicológica, sino algo enraizado en su sistema económico de vida, tanto en Polonia como en América. La familia polaca rural en la década de los ochenta del siglo XIX, de la cual provenía la mayor parte de los inmigrantes, solía poseer un pequeño lote de tierra cuya renta había de completarse con jornales obtenidos en cualquier otra parte. El tamaño medio de la propiedad del campesino disminuía al mismo tiempo que crecía la población; el riesgo de la familia que perdía sus tierras era el de que todos sus miembros terminan siendo jornaleros, pero el jornal de un trabajador no cualificado en Norteamérica era ocho veces más alto que en Polonia, y de ese modo quienes emigraban «sólo por el pan» reunían ahorros para ayudar a sus familias a conservar sus tierras, e incluso ellos mismos compraban tierras.

(...)

El concepto de desorganización formulado por Thomas y Znaniecki fue un avance positivo con respecto a los prejuicios y la histeria con que muchos norteamericanos trataban a los inmigrantes, pero no profundizó en toda la amplitud que el contexto requería. Entre 1880 y 1920 la estructura de las industrias básicas norteamericanas se vio transformada, especialmente debido a los esfuerzos de las corporaciones que eliminaron el poder de los trabajadores cualificados y crearon una nueva clase directiva capaz de mantenerse al margen tanto de aquellos como de la creciente masa de trabajadores semicualificados o sin cualificación alguna. Buscando el control de la directiva sobre la producción, las corporaciones lucharon por eliminar a los aprendices, racionalizar la supervisión y el personal así como para subdividir y clasificar la fuerza de trabajo. Sin embargo, aún vacilantes en su actitud frente a los sindicatos, los ejecutivos de las corporaciones fortalecieron una asistencia social paternalista, el alojamiento de los trabajadores a cargo de la empresa, e incentivos diversos especialmente destinados a los inmigrantes. Tales esfuerzos, así como la respuesta que suscitaron, crearon un campo común tanto entre los distintos grupos nacionales —italianos, judíos, europeos orientales— como entre los trabajadores americanos y los inmigrantes. El núcleo de este proceso fue el desarrollo de un sentimiento común entre la clase trabajadora de pertenencia o una identidad étnica, aunque ésta fuera diferente para cada grupo.

Ni *El Capital* ni *El campesino polaco* explican este proceso tan claramente como podían haberlo hecho sus dos perspectivas combinadas. Como argumentan Thomas y Znaniecki, cada grupo étnico, incluyendo a los norteamericanos, iba a reinterpretar las instituciones del país —es decir, sus valores, incluyendo el sistema de clases y la organización política— partiendo del bagaje de sus actitudes preexistentes. Eso es exactamente lo que hicieron los polacos y otros grupos de inmigrantes: utilizaron su confianza en lo étnico, la familia y la religión como recursos para redefinir su situación como trabajadores, como miembros de un sindicato, e incluso como socialistas. En el con-

texto polaco, Thomas y Znaniecki ya habían hecho notar la contribución que podía suponer al movimiento revolucionario «la honradez moral de una comunidad solidaria». La conciencia de clase en sentido marxista —una auto-comprensión histórica— supone un nivel de racionalidad que no aparece en *El campesino polaco*. Es más abstracta, significa un mayor nivel de cooperación y se apoya más en el pensamiento y la educación que en la solidaridad del grupo primario; pero, como señalaron Thomas y Znaniecki, el desarrollo de niveles cognitivos de reorganización social más abstractos y complejos no supone la desaparición de los valores y actitudes del grupo primario, sino su integración en el sentido amplio.

Sin duda, el campo más importante en el que floreció el sentimiento de pertenencia a la clase trabajadora fue el movimiento obrero, que en la época a la que nos referimos era mucho más amplio y estaba más profundamente enraizado en la comunidad que el actual. Las condiciones generales de la lucha obrera en el período considerado se anunciaron ya en la huelga de 1892 en las Acerías Homestead Carnegie, cuando Henry Erick dejó en la calle a setecientos artesanos en un esfuerzo para destruir a los sindicatos. Entonces, unos tres mil trabajadores no cualificados ni sindicados, en su mayoría inmigrantes, apoyaron primero a los artesanos, y finalmente contemplaron cómo éstos eran derrotados por otros inmigrantes esquiroleos. Durante muchos años los trabajadores norteamericanos se cuestionaron, con serias dudas, si los inmigrantes podrían ser organizados. Según Clark Kerr, las concentraciones más inestables de trabajadores industriales se daban en las ciudades mineras y portuarias y en los campos madereros, donde podía encontrarse una «masa aislada» de hombres sin familia, todos más o menos iguales, que «no sólo tienen los mismos motivos de queja, sino que los tienen al mismo tiempo, en el mismo lugar y contra la misma gente». Lo que surgió con total claridad en 1909, cuando la Internacional Trabajadora —cuyos organizadores hablaban diez idiomas— participó en la huelga iniciada por los inmigrantes contra la compañía de aceros Mckees Rocks Pressed Steel Car, no fue la cuestión de si los inmigrantes podían ser organizados, sino cómo mantenerlos dentro de los conservadores sindicatos artesanales creados por trabajadores cualificados norteamericanos.

La ofensiva empresarial contra los trabajadores cualificados sirvió también para reafirmar un sentimiento de clase y para fortalecer los lazos étnicos en los talleres. Mientras que las fábricas del siglo XIX habían contratado trabajadores en base a su cualificación y destreza, el mercado de producción en serie del siglo XX se caracterizaba por «un infinito número de trabajos a nivel de acceso», que daban entrada a un campo horizontal, y no a posibilidades de mejora o ascenso. Tal proceso hizo que los trabajadores se agruparan en grupos étnicos y familias. Podían encontrar trabajo para sus amigos, primos y vecinos. Hicieron que sus mujeres siguieran trabajando en las fábricas después de casadas. La economía familiar, esto es, la necesidad de todos los miembros de la familia de reunir sus recursos, determinó la edad en la que los niños podían entrar en la fábrica, en qué puesto debían trabajar, y qué cantidad de su salario debía ser entregado a la familia. Una vez establecida esa

«cabeza de playa», tendía a mantenerse gracias a la marea de hermanos, primos y amigos. Por ejemplo, en las acerías Laughlin de Pittsburgh, los polacos dominaban el sector de la herrería, los alemanes la carpintería, y los serbios la floreciente industria. A la vez, polacos, alemanes y serbios solían aprender «las reglas del juego» de los trabajadores norteamericanos en un proceso que James Barret ha definido como «americanización desde abajo». David Montgomery hizo notar que «el impulso de los campesinos inmigrantes de trabajar furiosamente cuando estaba presente una figura de autoridad y holgazanear en su ausencia (tendencia que persistía con fuerza en las acerías) se convirtió pronto en las minas de carbón y en las cadenas de montaje de automóviles en la ética del artesano, que rehúsa trabajar cuando el jefe está mirando». Los inmigrantes que aprendieron esto, o aquellos que se salvaguardaron del trabajo a destajo limitando la producción o expulsando a los demasiado entusiastas no estaban «conservando» la cultura tradicional ni aceptando la «modernización», cambiaban las relaciones de grupo aldeanas por las de clase trabajadora.

En ninguna otra área resultaron los lazos tradicionales tan útiles para la supervivencia de los polacos como en el reestablecimiento de la familia, pero no porque ello supusiera capacidad de adaptación u oportunidades. Las oportunidades de los inmigrantes eran muy escasas, y para la mayoría de los trabajadores, lo más importante era alcanzar el éxito y la prosperidad. *Aprendí esa palabra en 1894*, escribió MacDowell, *y desde entonces se convirtió casi en una palabra sagrada... la primera que aprendía el inmigrante, la que balbuceaban los niños, y a la que se aferraban los ancianos hasta la muerte. Las frases «un trabajo fijo» o «por favor, búscame trabajo» están siempre en sus mentes y en la punta de sus lenguas.* La razón es clara. Entre 1877 y 1910 el salario de un trabajador no cualificado en los Estados Unidos se mantuvo sin variaciones en torno a los 10 u 11 dólares semanales, mientras que los ingresos mínimos necesarios para mantener a una familia se estimaban en torno a los 15 dólares, sin incluir extras como bodas, accidentes, enfermedades o entierros, en una época en que no existía asistencia social excepto entre los trabajadores cualificados organizados. Como ha demostrado Caroline Golab, los inmigrantes se trasladaron a zonas donde podía encontrarse empleo tanto para los hombres como para las mujeres —por ejemplo, las minas de carbón o la industria textil— y buscaban trabajos que las mujeres pudieran realizar en casa: cortar y poner alambre a etiquetas, ordenar tarjetas, hacer alfombras con trapos viejos, forrar guantes de béisbol, remendar ropa interior o lavar la ropa, especialmente la de los huéspedes.

La misma necesidad de reunir los ingresos de los maridos, mujeres e hijos condicionó la tendencia a tener casa propia entre los polacos. Los observadores de fin de siglo en Chicago, como R.Hunter, S.Breckinridge y E.Abbott hicieron notar que en los distritos ocupados por polacos la mayoría de las casas las tenían en propiedad, alquilaban las mejores habitaciones y se reservaban para sí las peores, frecuentemente los áticos. Poseer una casa suponía poder alquilarla, y ofrecía tanto una alternativa a los altos precios de los alquileres como un seguro para la vejez, que llegaba pronto para el trabajador no

cualificado. La importancia de los alquileres en Chicago quedó clara cuando el comienzo de la primera Guerra Mundial en Europa interrumpió el flujo de inquilinos. Las mujeres casadas se vieron obligadas a buscar empleo en las fábricas: un estudio de 1918 demostró que esas mujeres, la mayoría de ellas con hijos, rara vez dormían más de un par de horas cada noche; y los días de colada, los lunes y martes, no dormían en absoluto. Cuando el juez Samuel Alschuler visitó los hogares de los trabajadores polacos durante la huelga de 1918, encontró niños de seis años al cargo de los más pequeños, col y pan duro como única comida, y un cartel en la ventana advirtiendo «no malgastéis la comida».

Tales condiciones favorecieron el reestablecimiento de la vida personal conservadora, centrada en la familia, que Thomas y Znaniiecki observaron en Polonia. Según palabras de John Bodnar, *la mayoría de los niños veían a sus padres inmigrantes, sobre todo, como recios trabajadores. Si los hijos tenían alguna imagen de su padre, ésta incluía el trabajo manual como una característica inevitable de la vida. De ese modo, los padres servían como «modelos de inmovilidad». Un polaco norteamericano describió a sus padres como personas que creían en «trabajo, trabajo, trabajo y trabajo». Un eslovaco de Bethlehem recordaba que su padre nunca habló de cambiar de empleo, sino de ofrecer cada día un buen trabajo a la empresa. El hijo de un serbio de Pittsburgh recordaba a su padre como un hombre muy estimado entre sus compatriotas por su dedicación a su trabajo... Esos hombres eran infatigables. Realizaban un trabajo duro. Se conformaban con él, no querían mejorar. Eran infatigables, y, sin embargo, tenían siempre poder perder su empleo, porque no había ninguna otra cosa que supieran hacer.*

La familia, asimismo, retrasó el individualismo económico no apoyando el interés de los hijos por la educación: *Marie S., nacida en una ciudad dedicada a la minería del carbón en 1914, deseaba a los quince años estudiar música; pero su madre le pidió que dejara la escuela y ayudara en casa a criar a sus hermanos y hermanas. Una chica eslovaca lloró cuando su padre la obligó a dejar la escuela en sexto grado porque «una chica no necesita más estudios». Antoniette W. era uno de los cinco hijos de una familia polaca. A los catorce años decidió trabajar en la fábrica de seda de Wilkes Barre. Aunque su madre se oponía, Antoniette explicó que le era imposible concentrarse en los estudios cuando el dinero hacía tanta falta en casa.*

Incluso Thomas y Znaniiecki vieron que la economía moderna, lejos de favorecer la capacidad de pensar por sí mismo, la socavaba. En un capítulo subrayaron que la facultad crítica que facilitó la adaptación de los inmigrantes a América parecía ser la capacidad meramente negativa del hombre para limitar su esfera de actividad... «el estúpido Kanikula es mucho más feliz en América que los inteligentes Protrowski o Porzycki». Mientras el trabajo duro, el ahorro y la disciplina fueron económicamente necesarios, los polacos nunca se vieron motivados por la «mentalidad de ascenso». En lugar de ella, tendían a interpretar sus esfuerzos con una mentalidad ajena al siglo; y sus iglesias, periódicos e instituciones comunitarias atacaban duramente al «Dios Dólar» de la sociedad americana.

Entre 1890 y 1910, los salarios reales crecieron en América, y los polacos —como todos los grupos de inmigrantes— se inspiraron en las tradiciones colectivas para acumular un excedente común y crear instituciones fraternales de asistencia, que brindaban apoyo a sus miembros y ayudaban a la compra de casas en propiedad. Tanto estas «logias» como las de construcción y préstamo participaron en política, y sufragaron iglesias y escuelas parroquiales. El estudio de Victor Greene sobre el Chicago de fines de siglo XIX demostró que el desarrollo del sentido de la nacionalidad entre los inmigrantes, que habían sido incapaces de responder a la llamada del nacionalismo en Polonia, reflejaba el conflicto entre los polacoamericanos y los líderes de la comunidad católica por el control de las parroquias. El fracaso de las aspiraciones de las organizaciones de masas durante y después la primera Guerra Mundial y el pasaje a un triunfo del próspero capitalismo y el sindicalismo empresarial durante los años veinte coincidió con el nacimiento de una clase media étnica, fuertemente comprometida con su comunidad local. Los desfiles del Día de la Bandera, los panfletos antibolcheviques y los folletos sobre americanización escritos en los diferentes idiomas de los inmigrantes demostraron ser totalmente compatibles con las campañas «compre productos polacos» de las comunidades locales.

¿En qué medida eran representativos los polacos? Habían pertenecido a la clase industrial trabajadora dentro de sus generaciones de mayor éxito, y permanecían más segregados, étnicamente, que otros muchos grupos. Las esposas polacas eran las que más trabajaban fuera de casa, a excepción de las irlandesas. Barton comparó en Cleveland, durante dos generaciones, a eslovacos, italianos y rumanos. La experiencia de los eslovacos era muy similar a la de los polacos; los italianos iban de un lado a otro en un primer momento, pero tuvieron que replegarse durante la Depresión; los rumanos crearon pequeñas familias, pusieron un énfasis especial en la educación, y se convirtieron en trabajadores «de cuello duro», entre los que Barton incluye comerciantes, copistas o clérigos. (Se hace difícil entender cómo un vendedor o un tendero supone haber «escalado» comparándose con el empleo seguro de su padre en la fábrica). Otro estudio comparó varios cientos de familias polacas y francocanadienses en una ciudad industrial de Rhode Island en 1915 y 1935. En 1915, los canadienses vivían en familia y los polacos en pensiones. En 1935, los hijos de ambos grupos comenzaban a trabajar al terminar el colegio, y las mujeres continuaban con las mismas ocupaciones que en 1915. Las diferencias culturales eran insignificantes en la época de la Depresión. Después de 1921, cuando el Acta Johnson interrumpió la inmigración de europeos del sur y del este, la influencia de los negros, mejicanos y chicanos transformó una vez más la clase industrial trabajadora.

Inglaterra, modelo de nuestra comprensión de las clases desde Marx, tenía una población trabajadora para cuyas tradiciones el orden industrial capitalista significaba un avasallamiento. *El campesino polaco* supuso una contribución crucial a la historia de América poniendo de manifiesto que nuestra clase trabajadora estaba, en el momento de su gestación, desarraigada, desorganizada y dividida. El concepto de desorganización puede rastrearse incluso en la

América de hoy. Pero la incapacidad de Thomas y Znaniecki para comprender cuán necesaria es la conciencia de clase para cualquier reorganización ayudó a mantener la tradición que tenía por norma el individualismo económico y evitaba cualquier conexión profunda entre la reforma liberal y la clase industrial trabajadora.

Al mismo tiempo, los historiadores sociales que creían poder salvar la brecha basándose en la mera simpatía se arriesgaron a perder incluso la perspectiva crítica que proporcionaba el concepto de desorganización. Virginia Yans-McLaughlin estudió a los italoamericanos de Buffalo, y los halló satisfechos con su temprana decisión de adquirir casas en propiedad en vez de enviar a sus hijos a la Universidad, aunque la segunda e incluso la tercera generación seguía el camino de sus padres y trabajaba en las fábricas. Yans-McLaughlin presentó el hecho como una elección propia de tipo cultural, que reflejaba la persistencia del tradicional deseo del inmigrante de conseguir tierras, entendiendo que debía servir de advertencia a los estudiosos para que no impusieran a tal elección un prejuicio de clase media. Pero el problema no es de relatividad de valores; la cuestión es comprender cuán trágicas eran las elecciones posibles para los inmigrantes de Buffalo, que vivieron, personal y subjetivamente, el terrible hecho de consumir su vida en una sociedad de clases.

El marco del trabajo de Thomas y Znaniecki, como se hará evidente en las siguientes páginas, puede parecer condescendiente cuando dicen «esto es un autoengaño», «esto es una defensa» o «esto es una adaptación inteligente»; pero hace posible una entrada más profunda en el mundo de los inmigrantes, porque intenta recrear no sólo su experiencia, sino el mundo objetivo que hubieron de encarar, fueran o no conscientes de hacerlo. En definitiva, los argumentos hasta aquí esbozados pretenden sugerir al lector que una perspectiva histórica focalizada en las relaciones de clase y en sus conflictos podría ser una buena alternativa, o al menos un complemento a *El campesino polaco* como marco de trabajo para comprender la cultura y la experiencia de los inmigrantes. Sin embargo, aunque obviamente la concepción de Thomas y Znaniecki resulta parcial, al ver el mundo como un proceso de grupo social y psicológico, sin analizarlo según la visión de las relaciones productivas de la sociedad, hasta que historiadores y sociólogos desarrollen un nuevo paradigma, tan complejo y logrado como el de Thomas y Znaniecki, rehaciendo su teoría basada en lo subjetivo, la familia y los vínculos sociales para llevarla al nivel de estructuras, y rehaciendo asimismo el concepto de estructura para incorporar un aspecto subjetivo y no determinista, la obra de estos autores, sus visiones y sus problemas es aún nuestra contienda.

NOTA METODOLÓGICA (W.I. THOMAS Y F. ZNANIECKI)

Existen dos problemas prácticos fundamentales que han constituido el centro de atención de la práctica social reflexiva en todas las épocas: son, 1) el problema de la dependencia del individuo de su organización social y su cul-

tura, y 2) el de la dependencia de esa organización social y esa cultura del individuo. El primer problema queda prácticamente expresado mediante la pregunta: ¿Cómo podemos crear, con la ayuda de la organización social y la cultura existentes, las características mentales y morales deseables en los individuos que forman un grupo social? El segundo problema significa, en la práctica: ¿Cómo crear, con la ayuda de las características mentales y morales existentes en los miembros del grupo, el tipo deseable de organización social y de cultura? *

Si la teoría social ha de convertirse en la base de la técnica social, y ha de resolver realmente tales cuestiones, resulta evidente que debe incluir los dos tipos de datos relacionados con ellas; a saber, los elementos culturales objetivos de la vida social, y las características subjetivas de los miembros del grupo social, y que estos dos tipos de datos deben considerarse correlacionados. Ahora y en el futuro denominaremos a estos datos «valores sociales» —o, simplemente, «valores»— y «actitudes».

Entendemos por valor social cualquier dato con un contenido empírico accesible para los miembros de cualquier grupo social, y un significado con respecto al cual es, o puede ser, objeto de una actividad. Así, un alimento, un instrumento, una moneda, un poema, una universidad, un mito o una teoría científica son valores sociales. Cada uno de ellos posee un contenido, que es sensual en el caso del alimento, el instrumento y la moneda; en parte sensual y en parte imaginativo en el caso del poema —cuyo contenido está formado no sólo por las palabras escritas u oídas, sino también por las imágenes que evocan— y en el de la Universidad, con un contenido que integra un todo complejo de personas, edificios, accesorios materiales y las imágenes que representan su actividad. Finalmente, el contenido es sólo imaginativo en el caso de una personalidad mítica o una teoría científica. El significado de estos valores se vuelve explícito cuando los consideramos conectados con las acciones humanas. El del alimento es su referencia a un eventual consumo; el del instrumento, al trabajo para el cual está diseñado, el de la moneda la posibilidad de comprar y vender, o el placer de gastar que implica. El significado del poema es la reacción sentimental e intelectual de que hace surgir; el de la universidad, las actividades sociales que cumple, el de la personalidad mítica el culto de que es objeto y las actividades y hazañas que se supone realizó, y el de la teoría científica las posibilidades de controlar la experiencia —mediante ideas o acciones— que permite. De ese modo, el valor social se opone al objeto natural, que posee un contenido pero, como parte de la naturale-

* Por supuesto que una tarea práctica concreta puede incluir ambos problemas, como cuando intentamos, apelando a las actitudes existentes, establecer instituciones educativas tan organizadas como para producir o generalizar ciertas actitudes deseables. (Nota de los autores.)

** (1:20-28) Tanto aquí como en el resto del texto, estos números hacen referencia al volumen y las páginas de la edición original, de la que se han tomado los textos de este resumen. Además, selecciones más amplias de la nota metodológica pueden encontrarse en Morris JANOWITZ: *W.I.Thomas: Organización social y personalidad social, documentos seleccionados*, Chicago, Phoenix Books, 1965; y en Robert BIERSTEDT: *Florian Znaniecki: Sociología humanística*, Chicago, University of Chicago Press, 1979. (Nota del editor.)

za, no tiene significado para la actividad humana y es tratado como «sin valor». Sin embargo, cuando el objeto natural asume un significado, se convierte por ello en un valor social. Y, naturalmente, un valor social puede tener numerosos significados, puesto que puede hacer referencia a variados géneros de actividad.

Por actividad entendemos un proceso de la consciencia del individuo que determina su actividad real o posible dentro del mundo social. De ese modo, son actitudes el hambre que lleva a consumir el alimento, la decisión del trabajador de utilizar la herramienta, la tendencia al derroche para gastar la moneda, los sentimientos e ideas del poeta expresados en el poema y la simpatía y admiración del lector, las necesidades que la institución universitaria trata de satisfacer y la respuesta que provoca, el miedo y la devoción manifestados en el culto a la divinidad y el interés por crear, comprender o aplicar una teoría científica, así como las formas de pensamiento implicadas en ello. La actitud es, pues, la contrapartida del valor social, y la actividad en cualquiera de sus formas, el lazo de unión entre ambas. Por su referencia a la actividad —y a causa de ello, al mundo social— la actitud se diferencia del estado psíquico. En los ejemplos arriba citados nos hemos visto obligados a hacer referencia a palabras que expresan ideas o voliciones, y que se han convertido en términos de la psicología del individuo abstrayéndolos de la realidad social objetiva a la que se aplican; pero, originalmente, expresaban actitudes y no procesos psicológicos. Un proceso psicológico es una actitud tratada como primer punto en referencia al mundo social, y considerada ante todo en conexión con otros valores sociales. La psicología del individuo puede, más tarde, reestablecer la conexión entre el proceso psicológico y la realidad objetiva que ha sido asegurado mediante la reflexión; se pueden estudiar los procesos psicológicos como condicionados por la continuidad de los hechos del mundo objetivo. En la misma línea, la teoría social puede más tarde relacionar varias actitudes de un individuo, y determinar su carácter social. Pero es el punto de vista original (y a menudo inconsciente) el que determina los métodos de estas dos ciencias. El proceso psicológico es siempre fundamentalmente «un estado de alguien», mientras la actitud siempre es «una actitud hacia algo».

Tomando en consideración esta distinción fundamental de puntos de vista, podemos continuar empleando, para las diferentes clases de actitudes, los mismo términos que la psicología ha usado para definir los procesos psicológicos, puesto que tales términos son propiedad común de toda reflexión sobre la vida consciente. El significado exacto de tales términos desde el punto de vista de la teoría social debe ser establecido a lo largo del proceso de investigación, ya que cada uno se definirá en base a su aplicación y su validez metodológica, puestos a prueba en su actual uso. Podría ser poco práctico tratar de establecer por adelantado la terminología absoluta de las actitudes.

Cuando decimos que los datos de la teoría social son actitudes y valores, esto no es una determinación suficiente del objeto de esta ciencia, puesto que el campo así definido abarcaría la totalidad de la cultura humana e incluiría las materias objeto de la filología, la economía, la teoría del arte, la de la ciencia, etc. Por ello es necesario una definición más exacta, que distinga la teoría

social de tales disciplinas ya establecidas desde hace mucho tiempo con sus propios métodos y metas.

Esta delimitación del campo de la teoría social surge naturalmente de la necesidad de escoger entre actitudes y valores como datos fundamentales, esto es, como datos cuyas características servirán de base para una generalización científica. Existen numerosos valores que corresponden a cada actitud, y viceversa: por ejemplo, comparamos diferentes acciones en base a las actitudes que en ellas se manifiestan y conforman, digamos, el concepto general de la actitud de solidaridad, ello significa que hemos descuidado la amplia variedad de valores causados por estas acciones, que pueden ser políticos, económicos, religiosos, científicos, etc. Si, por el contrario, comparamos los distintos valores ocasionados por diferentes acciones, conformando por ejemplo los conceptos generales de valores económicos o religiosos, ello significa que hemos obviado la gran cantidad de actitudes que se manifiestan en tales acciones. La generalización científica debe basarse siempre sobre ciertas características de estos datos, y pueden considerarse esenciales para sus propósitos; y estas características esenciales de las acciones humanas son completamente diferentes cuando las tratamos desde el punto de vista de las actitudes y cuando nos interesamos por ellas como valores. No existe posibilidad de otorgar la misma importancia a actitudes y valores en una investigación científica metódica: las actitudes han de ser subordinadas a los valores, o viceversa.

Actualmente, en todas las ciencias que trabajan con dominios separados de la cultura humana —como el lenguaje, el arte, la economía— son las actitudes las que están subordinadas a los valores, este punto de vista surge, necesariamente, de la especialización de dichas ciencias en el estudio de determinados tipos de valores culturales. Para un teórico del arte o un economista, la actitud es importante y tenida en cuenta sólo en la medida en que se manifiesta en cambios dentro de la esfera de los valores estéticos o económicos, y se define exclusivamente en relación a tales cambios, es decir, mediante los preexistentes datos objetivos sobre los que actúa, y por el resultado objetivo de su actividad. Pero, aunque existan valores especiales dentro de lo cultural que no son materia objetiva de ninguna otra ciencia, y aunque hay razones para atribuir éstos a la teoría social —problema que discutimos hoy— no podemos subordinar las actitudes a los valores, porque ello significaría una inútil duplicación de las ciencias ya existentes. Podrían darse, como veremos, ciertas dudas entre grupos de fenómenos tales como la religión, la moral, incluidas por razones especiales en el campo de la teoría social —si bien podrían ser objeto de estudio de diferentes ciencias—; pero no cabe duda de que el lenguaje, la literatura, el arte y la ciencia, la economía y la técnica son, de modo más o menos adecuado, estudiadas por sus respectivas disciplinas y si bien tal vez necesitan algunas reformas internas, no piden un tratamiento suplementario por parte de la sociología o la «psicología popular», como la denominó Wundt.

Sin embargo, tampoco hay duda de que el estudio del mundo social desde el punto de vista opuesto —considerando las actitudes como materias objeti-

vas y subordinando los valores a ellas— es necesario, y que hace falta una metodología exacta para tal tipo de estudio. La ética, la psicología, la etnología y la sociología están interesadas en este campo, y cada una de ellas la ha ocupado de modo fragmentario y ametódico. En ética, el estudio de las actitudes ha estado subordinado al problema de las normas ideales o de la conducta, sin ser considerado como un fin en sí mismo, y bajo tales condiciones es imposible desarrollar un método adecuado de investigación puramente teórica. La etnología ha aportado datos valiosos para el estudio de las actitudes y valores que aparecen en diversos grupos sociales, especialmente entre las «razas inferiores», pero su trabajo es meramente descriptivo. Sobre el método sociológico en el exacto sentido del término, estamos hablando actualmente. Sin embargo, es la psicología la ciencia que ha sido definitivamente identificada con el estudio de la consciencia, y la cuestión primordial sobre este punto es hasta dónde la psicología ha cubierto, o es capaz de abarcar, el campo de las actitudes.

Como hemos indicado más arriba, la actitud no es un dato psicológico en el sentido dado del término por la psicología del individuo, sentido que varía según las distintas escuelas. Hablando de modo concreto, cualquier método de investigación que considera al individuo como una entidad distinta y aislada de su medio social —ya sea para determinar mediante análisis introspectivo el contenido y forma de sus procesos conscientes, para investigar los hechos orgánicos que los acompañan, o para estudiar de modo experimental su conducta como reacción ante ciertos estímulos— necesita tan sólo hechos psíquicos, físicos o biológicos esencial e indisolublemente conectados con el individuo como realidad psíquica, física o biológica. Para alcanzar generalizaciones científicas, un método así ha de trabajar con el supuesto de una permanencia universal y una identidad de la naturaleza humana tal y como se expresa en dichos actos, esto es, sus conceptos fundamentales deben poder aplicarse a todos los seres humanos —algunos de ellos incluso a todos los seres conscientes— y las diferencias individuales han de reconstruirse con la ayuda de tales conceptos entendidos como variaciones de unos antecedentes comunes básicos debidos a diversas identidades, calidades y combinaciones de procesos universales. Además, y puesto que cada hecho psicológico pertenece al individuo como realidad fundamental, la uniformidad de tales hechos depende de la permanencia y uniformidad de las realidades individuales. El centro de la psicología está formado por los fenómenos conscientes más elementales, los únicos que pueden ser adecuadamente considerados y tratados como esencialmente idénticos en todos los seres conscientes; los fenómenos que se limitan a cierto número de individuos han de ser tratados como complejos y descompuestos en sus elementos elementales y universales y, si ello no es posible, entonces su contenido —que cambia según lo hace el medio social— ha de omitirse, y sólo se reconstruye la «forma» en que éste ocurre, presumiblemente siempre la misma sin importar dónde o a quién le suceda.

Pero la psicología no es exclusivamente experimental. Podemos encontrar numerosas monografías catalogadas como psicológicas que actualmente estudian los fenómenos conscientes y que no tienen sus fuentes en la «naturaleza

humana» en general, sino en las condiciones sociales, que pueden cambiar y ser sin embargo comunes a todos los individuos que se hallan en idénticas condiciones, y que son tratadas no como meros estados del individuo, sino como datos autosuficientes que pueden estudiarse sin ninguna presunción de lo psicológico, físico o biológico de los individuos que forman el grupo. A esta esfera de la psicología pertenecen todas las investigaciones relativas a fenómenos conscientes propios de los grupos raciales, nacionales, religiosos, políticos o profesionales, que corresponden a ocupaciones e intereses especiales provocados por las influencias del medio social y desarrollados mediante actividades educativas, medidas legales, etc. El término «psicología social» se ha hecho usual para definir este tipo de investigaciones. La distinción entre psicología social e individual y la unificación metodológica de la primera como ciencia autónoma no ha sido aún suficientemente discutida, pero podemos tratar de demostrar que la psicología social es precisamente la ciencia de las actitudes y que, si bien sus métodos son esencialmente distintos de los de la psicología individual, su campo de trabajo es tan amplio como lo es la vida consciente.

De ese modo, cada manifestación de la vida consciente —sea simple o compleja, general o particular— puede ser tratada como una actitud, puesto que todas ellas contienen una tendencia hacia la acción, ya sea ésta un proceso de actividad mecánica que produce cambios en el mundo material, un intento de influir en las actitudes de los demás mediante la palabra y el gesto, o una actividad mental que en el momento dado no encuentra expresión social, incluso un mero proceso de percepción sensible. Y todos los objetos de tales acciones pueden considerarse «valores sociales», puesto que todos poseen algún contenido que puede ser accesible a otros individuos (incluso una «idea personal» puede ser comunicada), y un significado mediante el cual pueden transformarse en objetos de la actividad de otros. De ese modo, la psicología social, cuando acomete el estudio de los fenómenos conscientes surgidos en un grupo dado, no tiene razones a priori que la obliguen a limitarse a cierto tipo de estos fenómenos con la exclusión de otros; cualquier manifestación de la vida consciente de un miembro cualquiera de un grupo es una actitud cuando se la toma en conexión con los valores que constituyen la esfera de experiencia de dicho grupo, esfera que incluye tanto datos procedentes del medio natural como trabajos artísticos, creencias religiosas, productos técnicos, relaciones económicas y teorías científicas. Si, pese a ello, las monografías sobre psicología social se limitan a algunos problemas específicos, como por ejemplo el estudio de los fenómenos conscientes dados en un grupo social a causa de determinadas influencias físicas, biológicas y económicas, ocupaciones o creencias religiosas comunes, etc., tal limitación puede justificarse por la importancia social de estos fenómenos, o incluso por un interés particular del autor, pero no ser entendida como algo que esté en la naturaleza de la psicología social, que puede estudiar, entre los fenómenos conscientes de un grupo social dado, no sólo lo que le es peculiar de este grupo como tal sino también, por una parte, lo que la psicología individual asume como común a todos los seres conscientes, y por la otra aquello que es peculiar de cada miembro individual de dicho grupo.